

tiempo que las legiones romanas llevaban por doquiera la desolacion; de suerte que los habitantes de las ciudades y del campo tenian mas que sufrir de los que se llamaban sus defensores, que de sus enemigos. En la toma de Roma, de la cual algunas de las tropas de oriente entregaron una puerta á Tótila, no derramó la sangre de los ciudadanos, y conservó el honor de las mugeres, contentándose con las riquezas, que abandonó por la mayor parte á su tropa; pero este saqueo no dejó de sepultar aun á las personas mas distinguidas en una miseria tan grande, que las señoras de la primera calidad, y entre otras la viuda del célebre Boecio, se vieron reducidas á la triste necesidad de mendigar de puerta en puerta.

99. Hallándose el Rey de los godos cerca del monte Casino, en el curso de sus victorias, pasó á visitar al ilustre San Benito, atraido por la fama divulgada entre los habitantes de las inmediaciones que le atribuían un don eminente de profecía (1). Para probar al profeta, se hizo anunciar de antemano, y le envió inmediatamente uno de sus oficiales llamado Rigon, despues de haber hecho que se adornase con su calzado y su púrpura real, y que le acompañasen tres señores que iban casi siempre al lado del Rey, dándole escuderos y comitiva propia de un Soberano (2). Habiendo Rigon entrado con esta pompa en el monasterio, San Benito que estaba sentado, le dijo, sin levantarse: *deja, hijo, el vestido que llevas, porque no te corresponde.* Al oír esto el oficial y to-

(1) Procop. *ibid.* (2) Gregor. M. lib. 2. Dialog. cap. 14.

dos los que le acompañaban, se postraron llenos de terror, sin atreverse á acercarse al santo; y solo se levantaron para ir á dar noticia al Rey de lo que acababa de suceder. Entones fue Tótila en persona, y desde lo mas lejos que pudo ver al santo abad se postró tambien con respeto. Tres veces le mandó San Benito que se levantara, sin que se atreviese á hacerlo, hasta que el mismo Santo tuvo que levantarlo. Hablóle entonces de sus obligaciones y de sus defectos con la libertad de un profeta, y despues de haberle anunciado sus conquistas y todos los sucesos mas notables de un reinado de nueve años enteros, añadió que moriria al décimo: lo que se cumplió puntualmente.

Penetrado el Rey de un extremo terror se encomendó á sus oraciones, y despues se retiró en silencio. Se advirtió en lo restante de su vida que se habia aprovechado de las lecciones del Santo, el cual profetizó asimismo cuarenta años antes la destruccion de su propio monasterio por los paganos, es decir, por los lombardos, y que nadie pereceria en esta desgracia. Poseía en el mismo grado el don de milagros. Resucitó al hijo de un padre desconsolado, que le condujo muerto á las puertas del monasterio, protestando con juramento que no se iria de allí mientras su hijo no hubiese recobrado la vida.

100. Tenia Benito una hermana llamada Escolástica, prevenida como él con las bendiciones del cielo, y religiosa en un monasterio vecino (1). Visitá-

(1) Gregor. M. *ibid.* cap. 4.

bala una vez al año, y le recibía no en el recinto de su monasterio, sino en un lugar destinado cerca de la puerta para recibir á los huéspedes. Un dia se hizo acompañar por muchos de sus discípulos, y despues de haberle pasado en las alabanzas divinas y en tratar de las cosas celestiales, tomaron juntos un corto alimento al caer de la tarde. Estando todavía sentados á la mesa y hablando el Santo de retirarse, porque iba ya á anochecer: „yo os pido como una gracia, hermano mio, le dijo Escolástica, que no me dejeis esta noche, y que hablemos de la celestial felicidad hasta la mañana siguiente. ¿Qué decis, hermana mia, respondió Benito? No, no puedo ciertamente pasar la noche fuera del monasterio.” Escolástica, sin insistir, se inclinó sobre la mesa, puestas las manos en el rostro oró con efusion de lágrimas, y cuando se levantó, aunque poco antes el tiempo estaba perfectamente sereno, comenzó á tronar y relampaguear fuertemente, á lo que se siguió una lluvia de tempestad tan copiosa y con tal violencia, que ni el abad ni los monges pudieron salir del abrigo donde se hallaban. Así pues, Benito se quedó allí á pesar suyo, prolongándose la piadosa conversacion hasta la mañana.

101. Pero esta era la última vez que se hablaban. Tres dias despues vió desde su monasterio el alma de Escolástica volar al cielo en figura de paloma. Dió gracias á Dios, envió á buscar el cuerpo y le enterró en el mismo sepulcro que tenia preparado para sí: mandando que se le colocase allí cuando el Señor

dispusiese de su vida, lo que no tardó mucho. Tuvo revelacion de su muerte en el curso del año en que acaeció, y lo dijo á algunos de sus discípulos encargándoles el secreto. Seis dias antes mandó abrir el sepulcro; y en breve le acometió una fuerte calentura que creció de dia en dia, hasta que llegando el sexto, mandó que le condujesen á la iglesia, donde en manos de los discípulos que le sostenian recibió el cuerpo y sangre del Salvador; y despues estando en oracion, rindió su espíritu el sábado 21 de Marzo de 543. Esta devocion de hacerse llevar á la iglesia para morir, se hizo despues recomendable por otros muchos egemplos.

102. Acercábase el momento de cumplirse el término de las victorias de Tótila; y ya el instrumento de los decretos del cielo, á pesar de muchas cualidades al parecer contrarias á su alto destino, se mostraba mas propio para cumplirlos que ningun romano. Narsés, eunuco estrangero ó mas bien enemigo natural del imperio, pues era persa de nacion, habiéndose alistado en las tropas romanas á vista de la primer batalla que su nacion perdió contra ellas, llegó hasta ser cónsul y patricio. El concepto que se tenia de su pericia militar era tan grande, que el Emperador no halló otro hombre que fuese capaz de restablecer los negocios del imperio en Italia, donde estaban quasi enteramente arruinados. Justiniano á quien un revés tan terrible habia sacado de su letargo, envió á este generál para repararle. Era preciso contar con prodigios; pero el destino de este famoso

eunuco era el de reunir las cualidades y ejecutar las hazañas mas extraordinarias. A los talentos mas brillantes juntaba una fidelidad por entonces muy grande, y que no cedió bajo el reinado siguiente sino á la desgracia mas injuriosa. Su amor estremado á la justicia y á la disciplina, no permitia el menor desorden en su ejército. Sobre todo se admiraba en él una piedad sincera, que habiendo sido el principio de su adhesion á los romanos, fue el alma de todas sus virtudes. Su confianza en Dios y el fervor de su fe habian llegado á aquel grado que obra maravillas; y esto mas que su capacidad natural, aunque era tan eminente, fue la causa de sus victorias pasmosas.

103. Nada pudo resistir á este grande hombre. No conservaba el imperio sobre el mar Adriático mas que la sola ciudad de Ancona, y estaba sitiada y estrechada tan vivamente, que se veía en el momento de rendirse; pero pronto se vió libre, del mismo modo que las pocas ciudades y plazas romanas que se conservaban en otras partes. Los enemigos comenzaron muy pronto á temer la pérdida de las suyas, de las cuales cada dia les quitaba Narsés alguna. Diferentes combates debilitaban tambien diariamente sus ejércitos, y los romanos adelantaban sus conquistas por el terror que inspiraba el nombre de Narsés. Finalmente, despues de algunos años, y en el tiempo señalado por la disposicion del cielo, halló el secreto de empeñar una accion decisiva, en la cual el Rey Tótila pereció con lo mas escogido de sus tropas. Teyas, que se atrevió á subir á un trono tan vacilante, dió una

batalla en la que tambien se hizo quitar la vida el año 553. Despues de lo cual no quedaron mas soldados godos que para defender, ó mas bien para ocupar á Pavia y algunas fortalezas que se sostuvieron cerca de un año por la ventaja de su situacion, y despues fueron tomadas por hambre. De esta suerte acabó la monarquía de los ostrogodos en la Italia, la que pronto veremos invadida de nuevo por otros bárbaros.

104. El Papa Pelagio para reprimir á los contradictores cismáticos y turbulentos del quinto concilio, se aprovechó ventajosamente de la autoridad de Narsés, que no tenia menos celo por los intereses de la Iglesia que por el imperio. Se dice que este piadoso general habia exhortado en otro tiempo al Emperador á que tratase mejor al último Papa, y que con este fin le habia hecho esperar del cielo las admirables victorias que acompañaron sus armas. Aunque se mostraba tan exacto en sostener el orden y la autoridad, era tal la dulzura de su carácter y la delicadeza de su conciencia, que temia siempre escenderse tal vez contra la Religion, cuando se trataba de usar de rigor para defenderla.

Pelagio se vió obligado á escribirle para desvanecer sus escrúpulos (1). „No hagais aprecio, le dice, de los vanos discursos de los que representan la conducta de la Iglesia como una persecucion, cuando corrige á los malos, y les impide el perder á los buenos. No hay persecucion sino cuando el rigor escede

(1) *Pelag. P. Epist. 3.*

los justos límites, y se dirige á hacer mal: pues de otro modo seria necesario abolir todas las leyes divinas y humanas que imponen penas á los delitos. Que el cisma sea un mal, y deba ser reprimido aun por la potestad secular, nos lo enseñan la Escritura y los cánones. Ahora pues, cualquiera que vive separado del cuerpo del apostolado, es incontestable cismático. No temais, pues, enviar al Emperador, bajo de buena custodia como os lo hemos pedido, á los que turban el orden gerárquico. ¿Habeis acaso olvidado lo que el cielo hizo por vos, cuando el tirano Tótala poseía la Istria y la Venecia? ¿Por qué permitís que los obispos de estas provincias, así como los de la Liguria, insulten á la santa Sede con una arrogancia intolerable? Si os deteneis por escrúpulo y por temer el ser tenido por perseguidor, traed á la memoria los cánones de Calcedonia y los principios del bienaventurado obispo de Hipona, y otros mil egemplos y mil constituciones que demuestran, que las potestades deben castigar á los cismáticos, no solo con el destierro, sino tambien con la confiscacion de bienes y con estrechas prisiones (1). Si quedaba dificultad á estos obispos acerca del juicio de la Iglesia universal pronunciado en Constantinopla estos últimos años, debian conforme á la costumbre, enviarnos algunos de ellos capaces de proponer sus razones y de entender las nuestras, y no esponerse al peligro, cerrando los ojos á la luz, de despedazar la Iglesia que es el cuerpo de Jesucristo (2). Este es un atentado,

(1) *Fragm. 2. et 3.* (2) *Id. Epist. 5.*

y nunca fue ni será permitido tener un concilio particular para examinar un concilio general. Pero si se suscita alguna duda sobre un objeto tan importante, los que buscan el camino de la salud deben pedir á la Silla apostólica la razon de lo que no comprenden; y los que se obstinan hasta el punto de no querer la instruccion y huir de la guia que los reduce al camino recto, los cánones quieren que sean reprimidos por la potestad secular, para impedir que arrastren á otros consigo al precipicio." De este modo Pelagio, tratando á los enemigos del quinto concilio segun el conocimiento de los hechos mas ó menos accesibles á su noticia, tenia por inescusables á los obispos de Italia y de sus inmediaciones que podian instruirse fácilmente.

105. Entre los galos mas distantes de la luz, temian muchos, aunque de buena fe, que se hubiese vulnerado la decision del concilio de Calcedonia; y aun que la doctrina misma del Papa Pelagio no fuese muy segura. Estos prelados manifestaron sin duda su temor al Rey Childeberto, el cual envió á este Pontífice una persona distinguida para pedirle reliquias de los santos Apóstoles, y mucho mas para asegurarse plenamente de su creencia. El enviado mismo se esplicó con bastante ingenuidad como lo vemos por la respuesta de Pelagio, en la cual dice, que Rufino (así se llamaba este ministro de confianza) le habia representado con franqueza, que debia haber hecho al Príncipe una amplia y clara profesion de fe, ó á lo menos declarar, que recibia en todo

y por todo la carta de su santo predecesor Leon (1).

„En cuanto á este último artículo, continúa el Papa, hemos comenzado á satisfacer á él como el mas simple de los fieles, y hemos suscrito de nuestra propia mano la declaracion hecha por Nos, de sostener con la ayuda del Señor el escrito de nuestro predecesor Leon á favor de la fe católica. Para no dejar ningun motivo de sospecha, he procurado satisfacer tambien al segundo artículo que el ilustre Rufino nos ha propuesto. Así pues, os enviamos la confesion de nuestra fe, la mas clara y mas espresa.” Despues de este prelude y de haber manifestado su adhesion sincera á los cuatro primeros concilios, da en efecto el Papa la declaracion mas satisfactoria sobre todos los puntos en que las preocupaciones del quinto concilio podia dejar alguna sombra de temor; „aunque en esta asamblea, dice, (y estas espresiones merecen ser atendidas) nada se haya tratado que perjudique á la fe. Pero despues de la muerte de la Emperatriz Teodora, añade, no hay ya disputa alguna ni aun en occidente sobre la creencia católica (2).” De este modo aseguraba Pelagio, no que las cuestiones agitadas en el quinto concilio no interesaban á la fe, sino que no la habian vulnerado.

106. En cuanto á las reliquias que el Rey habia pedido, responde el Papa, que por respeto habia encargado á un subdiácono que las trasladase de Roma á Francia: prueba inconcusa y remarcable de la estrema veneracion que las profesaba. Escribió algun

(1) *Id. Epist. 20.* (2) *Tom. 1. Concilior. Gall. pag. 304.*

tiempo despues á Sapaudo, arzobispo de Arlés, para cerciorarse de que el Rey y los obispos de Francia habian quedado satisfechos con su profesion de fe. Le concedió al propio tiempo el palio, y le nombró como á sus predecesores vicario de la santa Sede en todas las Galias. Habia ofrecido Sapaudo ausilios á los pobres de Roma, entonces mas numerosos que nunca despues de todos los saqueos de aquella capital del mundo. El Papa le recordó su buena voluntad, y le significó qué género de limosna era la mas necesaria en aquellas circunstancias. „Es tal en nuestras provincias la miseria; dice Pelagio, que por todas partes se hallan gentes bien nacidas y en otro tiempo opulentas, en una desnudéz que no puede advertirse sin quedar penetrados de dolor.”

107. Habia presidido Sapaudo algun tiempo antes al quinto concilio de Arlés, en el cual vemos que el gobierno general de los monasterios no era idéntico en todas partes. Así los de hombres como los de mugeres estaban sujetos en esta provincia á la jurisdiccion del obispo diocesano (1). Los clérigos tenían prohibida la malversacion de los fondos, cuyo uso les hubiere otorgado el obispo, bajo la pena de disciplina, es decir, de castigo corporal á los clérigos jóvenes inferiores á los subdiáconos. Diríjense tambien los demás cánones de este concilio á la conservacion de los bienes eclesiásticos. Este fue el objeto que se propusieron algunos otros concilios celebrados por este tiempo. Tenia la Iglesia mucho que sufrir

(1) *Tom. 5. Concilior. pag. 308. et seq.*

con los robos y usurpaciones que experimentaba, bajo de unos Soberanos medio bárbaros, y de unas leyes peor establecidas para contener á unos súbditos aun mas codiciosos y mas bárbaros que ellos. Dimanaban de aquí aquellas admirables alternativas de vicios y de virtudes, de egemplos admirables y de graves escándalos, que afligian ó consolaban á la Iglesia, segun que los súbditos y los Monarcas seguian los impulsos de la gracia, ó se entregaban á los ímpetus de su natural ferocidad.

108. Los Reyes Childeberto y Clotario en el año 542 hicieron segunda vez la guerra en España (1). Sitiando la ciudad de Zaragoza y habiéndola estrechado vivamente, recurrieron los habitantes al cielo por intercesion del ilustre mártir San Vicente, gloria y defensa de su patria. Ayunaron con el mayor rigor, y vistiéndose despues los hombres de cilicio y las mugeres cubiertos de ceniza los cabellos, y cantando salmos todos juntos, llevaron al rededor de las murallas la túnica del Santo mártir. Juzgaron al principio los sitiadores que los sitiados hacian algun maleficio, mas habiendo sabido que imploraban contra ellos el auxilio de San Vicente, quedaron penetrados de un terror religioso que los desarmó. Childeberto rogó al obispo que viniese á hablarle como lo hizo; y el Rey, despues de haberle tratado con benignidad, le pidió reliquias del Santo, con las que se retiró contento.

109. Levantó, á su regreso á París, cerca de la

(1) *Gregor. Turon. lib. 3. hist. cap. 2. Gest. Francor. cap. 26.*

ciudad una iglesia en honor de la santa Cruz y de San Vicente, para depositar en ella las reliquias del Santo mártir con una magnífica cruz de oro guarnecida de piedras preciosas que habia tomado á los godos en otra espedicion contra su Rey Amalarico (*). Pasó por uno de los mas soberbios edificios de las Galias esta iglesia edificada con tan plausible motivo en forma de cruz, con un altar en cada uno de los cuatro extremos. Pinturas en fondo de oro cubrian todas sus paredes: y la bóveda adornada de relieves dorados, descansaba sobre columnas del mármol mas precioso. No causaba menos admiracion por la variedad de figuras que por la de colores el pavimento compuesto de piezas cuadradas; y el techo de cobre dorado, que despedia un resplandeciente brillo, era lo mas sorprendente á aquellos buenos franceses poco acostumbrados á semejantes espectáculos, por cuya razon dieron á este edificio el nombre de *iglesia de oro*. Estaba situada en el lugar de la que hoy se llama San German de los Prados, á causa de su primera situacion en una pradera, y de San German que regia entonces esta diócesis. Enterraron á este respetable prelado poco tiempo despues en el oratorio de San Sinforiano á la puerta de esta iglesia, y le trasladaron mas adelante á la misma iglesia por veneracion. No se mostró menos magnífico Childeberto

(*) Esta cruz, y un número considerable de vasos sagrados con otras muchas preciosidades, fueron parte del botin tomado en la victoria que reportó Childeberto el año 531.

en la dotacion de este templo, proveyéndole abundantemente de rentas y de todo lo que era necesario para la magestad del culto divino. Encargó al santo obispo German que estableciese allí una comunidad de religiosos, y al momento lo verificó el santo prelado con tanta prudencia como celo. Escogió los primeros fundadores y la regla, que era la de San Antonio y San Basilio, del monasterio de San Sinforiano de Autun, cuyo fervor le era particularmente conocido porque habia nacido en aquella ciudad. Aproximándose la fiesta de Natividad, y hallándose ya en París muchos obispos para celebrarla con el Rey, utilizó German esta coyuntura para la dedicacion.

110. Cayó entonces Chilbeberto peligrosamente enfermo, y murió el 23 de Diciembre de este año de 558. Como el Rey habia elegido su sepultura en esta iglesia, se agregó este nuevo motivo para proceder con mas brevedad á la dedicacion, que San German celebró al punto asistido de San Niceto ó Nisier de Leon, que no se debe confundir con San Niceto de Tréveris, y de otros cinco obispos. Celebró el mismo dia las exequias de aquel Príncipe, que levantando este monumento augusto de su piedad, no creía encontrar en él tan pronto su sepulcro; así como el humilde y santo obispo, dedicando este templo, no juzgaba tampoco el consagrarle á su propia memoria. Atribúyese tambien al Rey Chilbeberto la fundacion de la iglesia de San German de Auxerre, una de las parroquias distinguidas de París.

111. Este Príncipe arrancó sinceramente las lágrimas

de todos sus súbditos que le miraban como á padre, en especial los pobres, en cuyo favor se mostró liberal con cierto género de profusion. Como hubiese enviado un dia á San German (muy semejante en esto al Príncipe) una suma de seis mil sueldos de oro, que componen cerca de treinta mil pesetas, limosna prodigiosa para aquellos tiempos, el obispo repartió al instante quince mil (1). Vióle despues el Rey en el palacio, y le preguntó si lo habia distribuido todo: respondió el obispo, que despues de haber socorrido las necesidades mas urgentes, habia reservado la mitad de un don tan cuantioso para los infelices que pudiese descubrir. „Dad pronto lo que queda, dijo el Rey, que con el favor de Dios no nos faltará que dar:” y mandando deshacer su vajilla de oro y plata, se la envió para que la repartiese. No fue menos liberal con la Iglesia, ni menos celoso de la disciplina. Fundó mas monasterios que ninguno de los Reyes que le precedieron: cuidó de la celebracion de los concilios: protegió la Religion de todos modos; y honró con su confianza y con muchos presentes á los santos obispos, y á los santos abades que un Rey tan cristiano hizo campear y sobresalir en todas las provincias de sus estados. Borraron del ánimo de sus súbditos tantas obras de piedad y beneficencia la memoria de la atrocidad en que le precipitó su ambicion contra los Príncipes de su sangre, y nos obligan á pensar con justa razon, que habia concebido

(1) *Act. Bened. Tom. 1. pag. 234.*